

A los monjes trapenses¹

(en su Capítulo en Roma). Año 1977

Eduardo Cardenal Pironio

DESEO EMPEZAR CON LAS MISMAS PALABRAS DEL APÓSTOL SAN PABLO a los cristianos de Roma: “Que el Dios de la esperanza os llene en plenitud, en vuestro acto de fe, de alegría y de paz, a fin de que la esperanza abunde en vuestros corazones, por la virtud del Espíritu Santo”(Rm 15,13). Es un hermoso saludo, un augurio, una exhortación.

San Pablo habla de tres actitudes interiores, frutos del Espíritu Santo, muy necesarias en todo momento de la historia pero particularmente urgentes hoy en este momento de la Iglesia y del mundo que nos toca vivir. Estas actitudes son: la serenidad interior, que se traduce después en armonía de paz verdadera, alegría pascual que nace de la profundidad contemplativa y de la fecundidad de la cruz y esperanza creadora, comprometida, que nace también del interior, de Cristo que da la vida en la cruz. Paz, alegría, esperanza: este es mi

¹ Desgrabación revisada por el Card. E. Pironio. Texto publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 43 (1977), pp. 405-408.

augurio, es mi oración en esta comunión espiritual y fraterna, muy queridos hermanos y hermanas, en este encuentro que yo considero providencial en mi vida, como encuentro profundo y nuevo en Cristo.

Valoro mucho vuestra vida, vuestra misión, vuestro ser en la Iglesia.

Entre los recuerdos más hondos e imborrables que tengo de mi ministerio episcopal en mi tierra de Argentina, están los momentos de soledad, de silencio, de experiencia profunda de Dios en el desierto, pasados en comunión con la fraternidad de Nuestra Señora de los Ángeles en la Trapa de Azul. Hoy siento fuertemente la alegría de encontrar multiplicada la presencia de aquellos monjes a quienes yo quiero tan hondamente, y la presencia de las monjas trapenses a quienes también he querido y quiero muchísimo, que he visitado en Hinojo, Argentina, y aquí en Vitorchiano. Para todos vosotros mi afecto sincero en el Señor, mi aliento y mi oración al Padre por Cristo en el Espíritu.



El Beato Eduardo F. Pironio en el Monasterio Trapense de Hinojo (Pcia. de Bs. As., Argentina)

Y ahora quisiera, muy brevemente, deciros dos palabras: una sobre la importancia de vuestro capítulo y otra sobre la importancia de vuestro ser en la Iglesia de hoy.

I

Primero, la importancia eclesial de vuestro capítulo. Quiero repetir aquí los tres aspectos que yo considero esenciales siempre en un capítulo.

Un capítulo es, ante todo, un acontecimiento salvífico. Es una página de la historia de la salvación que nos corresponde escribir hoy para la gloria del Padre y la salvación de los hombres.

En segundo lugar, es un hecho de Iglesia, un acontecimiento eclesial. Es toda la Iglesia la que se siente comprometida en la celebración pascual de un capítulo.

Y tercero, un capítulo es un acontecimiento familiar, un encuentro de familia para volver a repensar, a experimentar como nueva, la fuente original de donde proviene vuestro carisma en la Iglesia. Insisto en estos temas ejes de un capítulo.

Acontecimiento salvífico

Porque es un acontecimiento salvífico, interesa a la totalidad de la Iglesia y a la totalidad del mundo. Vosotros, monjes y monjas trapenses, estáis en el corazón de la Iglesia como expresión de toda la humanidad para la alabanza de la gloria del Padre. Pero estáis también como signo e instrumento de salvación integral para los hombres de hoy. Vuestra vida y vuestra acción no os desencarnan, no os arrancan del interior del mundo que tiene que ser salvado. La experiencia profunda de Dios en

el desierto, experiencia de gracia en la soledad y en el silencio, es para llegar más profundamente al corazón de los hombres como presencia de salvación. Por eso este capítulo está inscrito en la historia de la salvación, como los grandes hechos del Antiguo y Nuevo Testamento. Abraham, Moisés, el Éxodo, David, los Profetas, Cristo, María, Pablo, los Apóstoles, constituyen páginas maravillosas y fuertes de historia de la salvación.

Vosotros, queridos monjes, vais a escribir ahora la vuestra. Escribidla con alegría en el Espíritu. El mundo tendrá que sentir, si este capítulo ha sido celebrado en el Espíritu, la alegría de la salvación que se acerca. Yo os diría, con palabras del apóstol san Pablo, que “este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación” (2 Cor 6, 2). Hay que aprovechar este momento de gracia.

Y porque un capítulo es un acontecimiento de salvación, tiene que girar siempre en torno a tres elementos: la Palabra de Dios, el Espíritu Santo y la fidelidad en la conversión.

La *Palabra de Dios*, escuchada, recibida en la pobreza, rumiada en la contemplación, realizada en la disponibilidad. Pero que el centro de vuestro capítulo sea la Palabra de Dios: la Palabra que es luz, paz, fuerza, transformación.

Luego el *Espíritu Santo*. Dejaos conducir fuertemente por el Espíritu de la verdad que os introducirá en la verdad completa, os hará descubrir al Cristo en la totalidad de sus exigencias hoy. Espíritu de verdad que os llevará a pensar en comunidad vuestro estilo de vida hoy respondiendo a las exigencias actuales, permanentes, pero siempre renovadas, de Cristo, del Espíritu, respondiendo a las expectativas de los hombres de hoy. Dejaos conducir por el Espíritu.

Finalmente, la *conversión*, en una actitud de pobreza y de disponibilidad absoluta, de pobreza alegre, radical, a todo lo que el Señor quiera pedir. Es urgente una serena y honda capacidad de conversión.

Acontecimiento eclesial

Pero además un capítulo es siempre un hecho eclesial, un acontecimiento de Iglesia.

Hace dos días, vosotros participabais en la Audiencia del Santo Padre. ¡Era un hecho eclesial! ¡Con todos los demás peregrinos que venían a Roma para encontrar a Pedro! Vosotros habéis venido también para encontrar a Pedro y para servir profundamente a la Iglesia de hoy. Este capítulo vive el momento providencial de la Iglesia de hoy. Una Iglesia que es siempre el templo de la presencia pascual de Cristo, Iglesia que es fundamentalmente expresión y comunicación del Cristo de la Pascua, del Cristo muerto y resucitado. Una Iglesia que es cada vez más instrumento de comunión, signo e instrumento de unidad del género humano y de comunión de los hombres con Dios (L.G. 1). Y una Iglesia de este tiempo, más que nunca invadida por el Espíritu y enviada al mundo para ser sacramento universal de salvación (L.G. 48). Vivid en este capítulo la Iglesia. Sentid las urgencias, el dolor y las esperanzas de la Iglesia de hoy, esta Iglesia que está viviendo hoy su hora providencial de cruz y de esperanza, de martirio y de fecundidad, de anonadamiento y de resurrección. Sentid la alegría de ser hoy esta Iglesia, de vivir hoy esta Iglesia.

Sentid, además, la alegría de expresar las diversas iglesias locales en las cuales vuestros monasterios están insertados.

No se trata únicamente de la Iglesia universal considerada en abstracto, lejana de toda realización concreta. La Iglesia universal se realiza en cada una de las Iglesias particulares. Vosotros representáis diversas fisonomías, estilos, exigencias, grupos y expectativas, según los diversos países, según las diversas iglesias locales. Distinta es la fisonomía de la Iglesia en América Latina, o en África, o en Asia, en América del Norte o en Europa. Es siempre el mismo e indivisible

signo del Cristo pascual presente en medio de los hombres, pero con rostros diversos, con exigencias diversas. Que vuestras reflexiones, vuestra oración, en estos días, estén siempre como sumergidas en esta realidad, exigencias y esperanzas de vuestras iglesias locales. Estas iglesias locales estarán estos días en oración por vosotros, porque de este capítulo saldrá para ellas un dinamismo nuevo en el Espíritu. Queridos monjes, debéis transmitir en cada una de vuestras iglesias locales, la fuerza transformadora del Espíritu. Tened presentes las exigencias y las expectativas de vuestras iglesias: los jóvenes, los pobres, los que buscan con corazón sincero, los que sufren.

Acontecimiento familiar

Es la familia cisterciense, trapense, reunida aquí fundamentalmente para orar. Por eso, cuando a mí me invitaron a que viniera a hablaros lo acepté con la única condición de que no iba a haceros una conferencia ni a daros orientaciones, sino a estar con vosotros como Iglesia y a orar como Iglesia. Que sea este capítulo un encuentro de familia, donde se pueda hablar en espíritu fraterno, con gran libertad, sintiéndose todos discípulos del único Maestro que es Cristo, animados todos por una misma fuerza de conversión que es el Espíritu Santo. Este encuentro de familia os llevará a pensar en profundidad vuestro ser en la Iglesia de hoy, cómo responder mejor a vuestro carisma.

II

Y es aquí, queridos hermanos y amigos, donde yo quiero sencillamente resumir ahora, como segundo gran punto, las tres preguntas que el Santo Padre os hizo el miércoles y que me parecen

fundamentales porque expresan vuestro ser en la Iglesia de hoy. Las tres cuestiones o problemas que planteaba el Santo Padre, eran:

1 *¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?*

2 *¿Tiene sentido vuestra vida en la Iglesia de hoy y en el mundo de hoy?*

3 *Si tiene sentido ¿cómo hacer partícipe de vuestro ser al mundo de hoy?*

Creo que estos fueron los tres puntos que el Santo Padre os planteó. Yo, en su nombre, quiero repetir y ahondar muy sencillamente estas tres preguntas.

¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? Venís de una experiencia de amor y sois en el mundo testigos de lo absoluto de un Dios que es amor. Toda vida consagrada es una expresión y un grito profético al mundo de un Dios amor. Una vida consagrada deberá ser la expresión de la alegría profunda que nace del amor. Pues bien, queridos trapenses, vuestra vocación arranca de san Bernardo que gritó el amor de Dios, es un grito muy fuerte del Dios amor, de un Dios que nos amó primero, que exige ser amado sin medida. La medida de amar a Dios es amarlo sin medida. En un mundo como el de hoy, que vive por una parte en búsqueda del amor de un Dios cercano, de un Dios Padre, sois la expresión palpable, tangible, experimentable de ese Dios amor, es decir, de un Dios que no está lejos sino de un Dios que ha entrado por Cristo en un pueblo, de un Dios que, con el Espíritu Santo que es Espíritu de amor ha entrado en el corazón de los hombres, de un Dios que quiere cambiar el mundo por el amor.

¡Qué hermosa vuestra vocación! ¡Ser los testigos del amor, los testigos de lo absoluto de un Dios que es amor! Y esa expresión de amor viene envuelta, dicha en la Iglesia, con la característica de la soledad y el silencio: la soledad que es máxima presencia y un silencio que es fecundidad de palabra. Es decir, una soledad que

no es evasión, fuga o aislamiento. Vuestra soledad es presencia del Espíritu, es presencia activa en el interior de la historia atormentada del mundo de hoy para hacerla historia de salvación, es inserción en el mundo agitado y violento de hoy para construirlo en la paz que nace de la justicia y del amor. Vuestra vida, vivida en soledad fecunda, no es vivida en la evasión o en el vacío sino en la plenitud de una presencia de Dios, por una parte, de la humanidad por otra. Llevad en vuestro corazón la historia atormentada de los hombres de hoy y vivid a la escucha de la Palabra de Dios, que en vuestro fuerte silencio tendrá que ser la gran Palabra de paz, de amor, de reconciliación para la humanidad de hoy.

La segunda pregunta: ¿Tiene sentido vuestra vida contemplativa en el mundo de hoy? ¿Tienen sentido esta soledad y este silencio? En parte ya lo acabo de responder ahora. Pero yo quisiera insistir en esto: más que nunca la Iglesia hoy se hace profecía, encarnación, servicio. Más que nunca la Iglesia tiene necesidad de auténticos profetas que anuncien claramente el Reino, que llamen a la conversión e inviten a la fe. Hace falta que la Iglesia hoy se llene de profetas. La palabra profética tendrá que ser engendrada en la quietud del silencio contemplativo. Pero lo será si la contemplación es verdadera, si el silencio es presencia de la Palabra, si la soledad está llena de la acción del Espíritu. El mundo de hoy busca interioridad, silencio, soledad, contemplación. Lo sabéis por experiencia personal. ¡Cómo los jóvenes asaltan hoy los monasterios para esa experiencia profunda de un Dios que les traiga la paz, que les llene de alegría, que les abra el corazón a la esperanza! Yo siento en las generaciones jóvenes de mi continente latinoamericano cómo van en búsqueda de silencio, de oración, de soledad, de contemplación. ¿Tiene sentido vuestra vida en el mundo agitado de hoy? Sí: responde a la expectativa y a

la búsqueda de las generaciones jóvenes. Sí porque es la exigencia fundamental para una Iglesia profética, encarnada, servidora de los hombres.

La tercera pregunta: ¿Cómo hacer para que esto sea realmente la respuesta que el mundo espera? Yo diría dos cosas: vivir con autenticidad vuestra vocación contemplativa, haciendo cada vez más de vuestro silencio y de vuestra soledad el lugar de encuentro con el Espíritu de Dios y de la Palabra. Y, en segundo lugar, como lo explicaba también el Santo Padre, abriendo –sin perder la profundidad contemplativa– vuestra experiencia de Dios para compartirla con tanta gente en el mundo de hoy ávida de la paz, de la alegría, de la esperanza, que vienen de un Dios cercano, de un Dios amor, del cual vosotros sois los privilegiados y ardientes testigos.

No quiero prolongar más, porque quería deciros muy pocas palabras. Además, no soy yo el que tengo que daros orientaciones concretas, ni para vuestro capítulo ni dentro de vuestra Orden. Eso lo conocéis mucho más perfectamente que yo. Pero os hablo desde el corazón de la Iglesia y desde la expectativa del mundo. Lo que yo os digo es qué espera la Iglesia de la Orden Trapense, qué espera el mundo de los monjes trapenses: que seáis fieles a Cristo, fieles a la Iglesia de hoy, fieles a las necesidades de los hombres, siendo plenamente, gozosamente, totalmente trapenses.

Que la Virgen, Nuestra Señora, a la cual queréis tanto y yo también, os conceda vivirlo así.



El Beato Eduardo F. Pironio en el Monasterio Trapense de Azul (Pcia. de Bs. As., Argentina)